ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

LOS PRIMOS DE MI MUJER

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAMIRO BLANCO

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1891

LOS PRIMOS DE MI MUJER

LOS PRIMOS DE MI MUJER

Juguete cómico en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

RAMIRO BLANCO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO LARA el 21 de Febrero de 1891.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES	ACTORES	
FLORENCIA	Sra.	Valverde.
JULIA	Srta.	Blanco.
PEPE	Sr.	Rubio.
EDUARDO	»	Ruíz de Arana.

Derecha é izquierda, las del espectador.

ACTO ÚNICO

Sala elegante. Á la derecha, dos puertas. Á la izquierda, primer término, una puerta; en segundo, balcón. Puerta al foro. Es de día.

ESCENA PRIMERA

JULIA, poniéndose el sombrero delante de un espejo. Luégo llama por la primera de la izquierda.

JULIA. Eduardo... Eduardo ..

EDUAR. (Dentro.) Ya voy.

JULIA. Vamos, hombre, muévete. Lo dicho: llegaremos tarde á la estación. (Se asoma al balcón.) ¡Y qué hermoso día hace! (Pausa.) ¡Adiós! Ya está el vecino del hotel de enfrente haciendo visajes. ¡Es mucho cuento! Desde hace tres dias no me deja vivir con sus señitas impertinentes. ¡Y que por culpa de ese títere no he de poder asomarme al balcón, yo que le dije á Eduardo, cuando nos mudamos, que este balcón tenía tan buenas vistas! Si observa lo que pasa vamos á tener un disgusto. (Mira hacia la calle.) ¡Dále, bola! (Cierra con fuerza el balcón.) Á ver si la lección le aprovecha.

ESCENA II

JULIA y EDUARDO

EDUAR. (Sale en traje de casa por la puerta indicada.) Buenos días, mujercita.

JULIA. ¡Gracias á Dios! ¿Pero sales así?

EDUAR. ¿De qué manera quieres que salga?

JULIA. Vestido, hombre.

EDUAR. Cualquiera que te oyese creería que salgo desnudo.

JULIA. Déjate de bromas. Acuérdate de que anoche te dije: «Mañana llega á Madrid mi prima Florencia y tenemos que bajar á la estación á esperarla.» ¿No te acuerdas que te lo dije? Dí; ¿no te acuerdas?

EDUAR. Y es verdad. Me voy á vestir.

JULIA. ¡Pero qué memoria!

EDUAR. Hija mía, se me pasó.

JULIA. ¡Se te pasó! ¡Buena disculpa! Sabiendo que á Florencia la quiero como á una hermana; que ha hecho para mí las veces de segunda madre; que la he escrito diciéndola, en tu nombre, que esta casa es la suya y que nos incomodaríamos si se fuera á vivir á una fonda .. ¡Tan desgraciada como es la pobre!

EDUAR. Eso poco á poco. Debe su desgracia, según te escribe, á haberse casado con un hombre que no la comprende. Es así que ese hombre, comprendiendo que no la comprende, se ha marchado de su casa dejándola en paz; luego ha tenido una suerte loca.

JULIA. ¡Mucha! ¡Bueno será el tal Pepe, tu amigote intimo de soltero!

EDUAR. ¡Según eso, yo le pervertía!

JULIA. No sé; pero la verdad es que todos los solteros son unos pillos.

EDUAR. ¡Qué disparate más inocente! De todos modos, ya sabes que á Pepe no le veo desde hace un siglo.

JULIA. En fin, ¿vienes ó no?

EDUAR. Ahora mismo. Voy en un momento á...

JULIA. ¡A buena hora! Mientras te avías ya ha llegado el tren.

EDUAR. Todo te lo dices tú. Mira, Julita, puesto que ya no hay tiempo, me conformo con quedarme. Ahí, en la esquina, tienes coches de punto. Por fortuna la estación está un paso.

JULIA. ¡Ay! ¡Qué maridito tan poltrón! Hasta luégo.

EDUAR. (La aconpaña hasta el foro y la abraza.) Adiós, Julita; discúlpame con tu prima, ¿eh? (Vase Julia.) ¡Ah! Y que te acompañe Vicente. Adiós.

ESCENA III

EDUARDO

Es un ángel de Dios esta criatura y me tiene un cariño ciego. Cada día estoy más contento de haberme casado con ella. Voy á verla salir. (Se asoma al balcón.) Por allí vá. ¡Buen paso lleva! (Fijándose.) ¡Eh! ¿Quién es ese que me hace señas desde el portal de la fonda? Pero sí... no me engaño... es Pepe. (Grita.) Pepe... ¿Tú por acá? Sí; sube... principal de la izquierda. (Se separa del balcón.) ¡Qué agradable sorpresa! Al pronto no le conocía. Vamos, sin duda éste quiere hacer las paces con su mujer y se ha puesto de acuerdo con ella para verificar en mi casa la reconciliación. ¡Diantre de muchacho!

ESCENA IV

EDUARDO y PEPE

PEPE. (Desde dentro.) ¿Dónde está ese bribón?

EDUAR. ¡Pepito! (Se abrazan en la puerta.)

PEPE. Aprieta fuerte. (Deja el bastón sobre una silla.)

EDUAR. Pero, chico, creíamos que ya no pertenecías al mundo de los vivos.

PEPE. Pues en todo lo que llevo de vida aún no me he muerto ni una sola vez.

EDUAR. ¡Anda allá, bromista sempiterno!

PEPE. Pero ahora caigo. Te veo en traje de casa. ¿Vives aquí?

EDUAR. Desde hace unos días. ¿No te lo ha dicho tu mujer?

PEPE. Calla, hombre, ¿qué habia de decir? ¿De modo que esta casa es la tuya?

EDUAR. Claro que sí... es decir, alquilada.

PEPE. ¡Caracoles! El caso es que yo conozco de vista á una joven que vive aquí, rubia, preciosa, de buen talle, finita ella...

EDUAR. Como no te refieras á mi mujer...

PEPE. ¡Qué barbaridad!

EDUAR. Hombre, ¿por qué?

PEPE. Eduardo, ¿estás seguro de que esa joven que vive aquí, preciosa, de buen talle, finita ella, es tu mujer?

EDUAR. ¿Cómo que si estoy seguro? ¡Tú disparatas!

PEPE. ¡Respiro! ¿De modo que no es tu mujer? Abrázame. ¡Se me ha quitado un peso! ¡Jé, jé!

EDUAR. ¡Qué tarabilla! Ya te he dicho que sí. ¿Pero á qué viene...?

PEPE. Eduardo: pégame una bofetada.

EDUAR. ¿Estás loco? Vamos, siéntate. (Se sientan.)

PEPE. Hace tres días que estoy haciendo el amor á tu mujer.

EDUAR. ¡Cómo!

PEPE. Así... por el sistema de los gestos. Pero no te alarmes. Acabo de llegar á Madrid; he ido á parar á ese hotel de enfrente y la vi... ¿Cómo podía yo figurarme que era tú?... ¡Ah! Y ella, eso sí, no bien me divisaba en el balcón, cerraba el suyo... ¡paf!

EDUAR. ¡Pero Pepito! ¡Un hombre casado y en vías de sentar la cabeza!

PEPE. ¡Qué quieres! Las mujeres me dislocan... y además, por ahora, soy viudo interino.

EDUAR. Y á propósito; ¿cómo ha sido eso de abandonar sin

más ni más á Florencia? ¿Tan mal te fué con ella?

PEPE Te diré. Mi mujer, considerada en bruto, es decir, intrínsecamente considerada, tal vez sería soportable, aunque jamona; porque has de saber que de soltero tenía pasión por las jamonas... y ahora me gustan menores de edad. ¡Jé, jé!

EDUAR. ¡Hombre! haberlo visto antes.

PEPE. Imposible: eso se ve después, pero déjame concluir. Ella es huérfana—como sabrás,—de padre y madre, hacendosita, cariñosa á ratos... Pero tiene dos tías consejeras... ¡Ay, Eduardo de mi alma! ¡Qué tías! Dos beatas de presa que se me habían colgado de la nariz. Huyendo de aquella plaga y con el pretexto de gestionar importantes asuntos de mi familia, hace siete meses que me he declarado libre, feliz é independiente y viajo por España sin rumbo fijo.

EDUAR. Confiesa, Pepe, que hiciste una locura. ¿Te dió algún motivo?

PEPE. ¡Si mi vida era un infierno! Por tanto así, se armaba en aquella casa un *jollín* de todos los diablos. Si entraba, si salía, si fumaba... El humo del tabaco les producia mareos, ¿sabes? Y yo, por lo mismo, cada tagarote como una tranca. Me hacían rezar el rosario de rodillas; los días de Cuaresma estábamos poco menos que á pan y agua; y en llegando la Semana Santa se cerraba la despensa en señal de luto. Éramos hermanos y primos de todas las cofradías habidas y por haber. Yo llevaba el pendón en las procesiones, y mi casa parecía un vivero de canónigos. ¡Aquello era inaguantable!

EDUAR. ¿Y las tías tenían la culpa de todo?

PEPE. De todo. ¡Ay qué tías aquellas!

EDUAR Pues chico, con negarles la entrada en tu casa, asunto concluido.

PEPE. Imposible. Precisamente ese par de viejas me encantaron casi tanto como mi mujer. ¡Jé, jé!

EDUAR. Ahora sí que no te entiendo. ¿No has dicho que eran

muy cócoras, que eran inaguantables, que sus acciones?...

PEPE. Quieto. De sus acciones aún no he dicho palabra. Es lo mejor que tienen: ¡acciones del Banco de España! Unos fajos así... escondidos debajo de un San Dimas, el buen ladrón.

EDUAR. ¡Já, já, já!

PEPE. Son riquísimas y mi mujer la presunta heredera. Jé, jé!

EDUAR. ¡Ah, gandul!

PEPE. Hay que mirar por el porvenir.

EDUAR. En fin, querido primo, te felicito porque veo que ya desistes de correrla y que vuelves al redil...

PEPE. ¡Qué redil, ni qué calabazas!

EDUAR Quiero decir, al hogar doméstico, con tu mujercita, vamos.

PEPE. Ahora menos que nunca. Precisamente, aquí en confianza, conocí en Málaga, hace dos meses á una sueca, tiple *sfogata* ella... pero muy *sfogata*, ¡preciosa chico! Por eso he venido á Madrid; la aguardo de un día á otro. Estoy loco, chico, loco por ella. ¡Qué mujer! ¡Qué voz!... Ya sabes mi afición; ¡los gorgoritos me entusiasman! (Tararea.)

EDUAR. ¡Pues estamos frescos con tu sueca! ¿De modo que no has venido para tener una entrevista con tu mujer? ¿No os habéis puesto de acuerdo?

PEPE. ¡Si no sabe nunca dónde escribirme!

EDUAR Pero desgraciado, ¿entonces ignoras que de un momento á otro va á llegar?

PEPE. ¿La sueca? Ya lo sé...

EDUAR ¡Qué sueca!

PEPE. ¿Quién?

EDUAR. Tu mujer. La mía ha ido á esperarla á la estación.

PEPE. ¡María Santísima! ¿Y te estás así, sin decirme nada? ¡Ella que me cree en Badajóz! (Se levanta precipitadamente.)

EDUAR Si hablas por los codos. Y además, me figuré...

PEPE. Adiós; no la digas ni una palabra. (Se dirige hacia el foro.)
EDUAR. Pero oye...
PEPE. ¿Qué he de oir? (Campanilla.)
EDUAR. Ya es tarde; quédate. Es la voz de Julia.
PEPE. ¡Jesucristo! ¡La que se va á armar! Eduardo: si no me escondo en alguna parte, salto por el balcón.
EDUAR. (¡No tiene atadero!) Preventivamente, escóndete en mi despacho.
PEPE. ¡Maldita casualidad! (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

EDUARDO, JULIA y FLORENCIA, de luto; acento andalúz.

JULIA. (Entrando.) Por aquí, Florencia. (Á Eduardo.) ¿Ves si me descuido? Ya había llegado el tren.
FLOR. (Entrando.) ¡Gracias á Dios que podré descansar. (Fijándose en Eduardo é inclinándose.) ¡Ah!
JULIA. (Á Florencia.) Tengo el gusto de presentarte...
FLOR. (Interrumpiéndola.) A tu marido, ¿eh? Lo había supuesto. Chica: tienes un marido muy guapo.
EDUAR. (Sonriendo.) Es favor...
FLOR. ¡Ay! ¡Qué buena persona! (Alarga la mano á Eduardo.) Tanto gusto de conocerte, primo.
EDUAR. Igualmente. (¡Qué francota y desahogada es!)
JULIA. (Abrazando á Florencia.) Aquí la tienes: á mi primita.
EDUAR. Usted deseará descansar.
FLOR. ¡Ay! ¡Qué gracioso, Julia; pero qué gracioso!
EDUAR. Pues no veo la gracia.
FLOR. Hijo de mi alma, ¿no me has llamado de usted? Pues eso es lo gracioso. Mira, mira, entre primos ha de haber confianza, (A Julia.) ¿no es verdad? Conque ya lo sabes, nada de etiquetas; tú por tú y pelillos á la mar. Yo soy así. O me consideras ó no de la familia.
EDUAR. Desde luego. (¡Carambita con la beata!) Bueno; pues entonces, así, de confianza, te dejo con tu prima, ¿eh? Voy á acabar de escribir una carta á mi despacho.

FLOR. Anda, hijo, vete, que ninguna falta nos haces.

EDUAR. Excuso decirte que esta casa ..

FLOR. Es la mía, ¿no es eso? Ya sé, ya sé que eres muy amable, y muy bueno y que te portas bien con ésta. ¡Por supuesto, que la tonta que se fíe de vosotros!... El que parece mejor es porque tiene más picardía para engatusarnos. ¡Ay! ¡Si llego á saber que das disgustos á Julita, te saco los ojos! ¡Una criatura angelical, angelical!...

EDUAR. Sí, angelical. Vaya; hasta luégo. (Voy á ver qué le pasa á ese.) (Vase por la puerta de la izquierda)

ESCENA VI

FLORENCIA y JULIA

JULIA. Se ha interrumpido tu narración cuando comenzaba á interesarme. ¿Cómo es que hace tanto tiempo que no ves á tu marido? (Se sientan.)

FLOR. Calla, hija, calla. Eso es más largo de contar que la Historia de España.

JULIA. Entonces, déjalo para otra ocasión.

FLOR. No; te lo diré en compendio. Sabes que quedé huérfana y á cargo de dos tías. ¡Unas santas eran las pobrecitas y me adoraban! Un mes vivía con una, otro mes con otra, y así sucesivamente. Pero me casé, ¿sabes? Y entonces eran ellas las que venían á mi casa. Se turnaban, un mes una, otro mes otra. Por turno también me daban consejos para ser felíz y ¡ay! Pepe, ¡cómo se ponía á ratos! El turno primero impar le sacaba de quicio. Además, él es un hereje y como le hacíamos rezar tantos rosarios y novenas... y ayunar, hija, ayunar, que asi se gana el cielo. Mira, aquí para entre nosotras, tampoco me hacían á mí gracia aquellos ayunos; pero yo sabía disimular para dar gusto á aquellas benditas, comprendiendo que estaban ya con un pié en la sepultura. ¡Como que no

tardaron en meter el otro! Ya sabes. ¡Se murieron! Esto lo ignora Pepito, porque el muy pillo hace cerca de un año que se fué de Sevilla, y tan pronto me escribe desde Barcelona como desde Valladolid, y aún no he podido contestarle ni una sola vez. ¡Ay, Pepito de mi alma! ¡En qué berengenales te habrás metido! (Sentimental.) Cuando sepa la doble desgracia... ¡Pobrecillas! (Transición.) Pero, hija, ¿sabes que tengo apetito?

JULIA. Haberlo dicho antes. Ya mandé que te tuvieran preparado el almuerzo.

ESCENA VII

DICHAS y EDUARDO

EDUAR. (Por la puerta de la izquierda.) ¿Aún estais por aquí?

FLOR. Pues ahora pensábamos irnos al comedor.

EDUAR. Excelente pensamiento. Os acompañaré.

JULIA. Pero querida, charlando, charlando, aún estamos tan peripuestas. (Quitándola el sombrero y la cartera de viaje.) Trae el sombrero.

EDUAR. (Alejándola de aquí favorezco la escapatoria de Pepe.)

JULIA. (Señalando á Florencia por la puerta segunda de la derecha.) Mira: esa es tu celda. Luégo la verás. Eduardo, acompaña al comedor á Florencia. Yo voy en un momento á dejar esto en la alcoba.

FLOR. Pero ¡qué hacendosita y cuidadosa es esta criatura! (Besándola muy fuerte.) Toma, toma un millón de besos.

EDUAR. (Ofreciendo el brazo á Florencia.) ¿El brazo, señora?

FLOR. (Haciendo una profunda reverencia.) ¡Ah! ¡Caballero!... Pero... ¡qué gracioso, qué gracioso! (Vanse los dos por el foro.)

ESCENA VIII

PEPE; después JULIA y FLORENCIA, desde dentro.

PEPE. (Sale por la puerta de la izquierda.) Se han ido. Esta es la

mía. Pero ¿dónde he dejado yo el bastón? ¡Aquí está! (En este momento sale Julia por la segunda puerta de la derecha, y se encuentra manos á boca con Pepe.)

JULIA. (Muy aaustada.) ¡Ay! ¡Dios mío!

PEPE. ¡Silencio por Dios, señora! No me comprometa usted.

JULIA. ¡Qué cinismo! ¡Caballero... soy casada!...

PEPE. Ya lo sé. Conozco á Eduardo y otro día la explicaré... Á los piés de usted. (Se dirige hacia el foro.)

FLOR. (Desde dentro.) Pero Julia, ¿vienes ó tendré que ir á buscarte?

PEPE. (Retrocediendo.) (¡Jesucristo! ¡La voz de mi mujer!) (Se dirige al cuarto de Eduardo.)

JULIA. Pero ¿á dónde va usted? La salida es aquella. (Señala al foro.)

PEPE. ¡Un demonio! ¡Silencio por Dios! Oigo pasos. (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA IX

JULIA y EDUARDO

EDUAR. (Por el foro.) Pero mujer, ¡qué calma tienes! Tu prima aguardándote en el comedor...

JULIA. (Turbada.) Si... ahora mismo iba... (¡Estoy muerta! No sé si decírselo.)

EDUAR. (Mirando á la puerta de la izquierda que habrá quedado abierta.) (¡Hola! La puerta abierta. No está. Sin duda aprovechó la ocasión y se ha marchado.)

JULIA. (Vacilando.) Pues yo... la... No sé qué iba á decirte.

EDUAR. (Confidencialmente.) Yo también tengo que darte una noticia. Has de saber que...

ESCENA X

DICHOS y FLORENCIA

FLOR. (Por el foro.) Pero criatura, ¿dónde te has metido?

EDUAR. (Aparte á Julia.) (Luégo hablaremos.) Yo voy á vestirme. Tengo que salir.

FLOR. ¿Vas á salir ahora?

EDUAR. Sí; cuestión de un momento. (Le iré á buscar al hotel, á ver si logro convencerle.) Hasta luégo. (Entra en su cuarto.)

ESCENA XI

FLORENCIA y JULIA

FLOR. ¿Qué mosca le ha picado á ese?

JULIA. (Abrazándola.) ¡Ay, Florencia de mi alma!

FLOR. ¿Qué te pasa, chiquilla?

JULIA. ¡Qué disgusto tan grande!

FLOR. Pero ¿en dos minutos habéis tenido tiempo para armar la gorda tu marido y tú? Pues hija, repentizáis como esos pianistas que les ponen un papel delante y y ¡zás! allá va la sinfonía de *Campanone*. Pero no te apures por eso, ángel de Dios: eso lo trae consigo el matrimonio.

JULIA. Si no es eso, Florencia. ¡Ay, Dios mío! (Muy apurada.)

FLOR. Pues habla, explícate: ¿qué te sucede?

JULIA. Estaba aquí sola hace un momento, cuando entró, no sé cómo ni por dónde, un hombre... á quien conozco de vista, porque vive ahí enfrente... y le ha dado por hacerme el amor.

FLOR. ¡Ave María purísima!

JULIA. Te juro que no le he dado pié. .

FLOR. Sin dárselo, los hombres nos obligan siempre á estar en un pié como las grullas.

JULIA. ¡Qué disgusto si Eduardo se entera! (Casi llorando.)

FLOR. El caso es grave, hijita. Pero ¿por qué se ha de enterar Eduardo? ¿No se ha ido ya ese hombre?

JULIA. No; y eso es lo que me apura. Está ahí, escondido en en mi cuarto.

FLOR. ¡Qué imprudencia!

JULIA. Oyó ruido y se metió ahí. (Por la primera de la derecha.)

FLOR. ¡Válgame Dios, mujer! Pues cuanto antes, echarlo. (Se dirige hacia la primera de la derecha.)

JULIA. (Deteniéndola.) ¡No por Dios! Si en este momento sale Eduardo y nos sorprende,..

FLOR. Julita; tú estás aturdida y lo vas á echar á perder.

JULIA. ¿Y qué hacemos?

FLOR. Déjame sola. Yo me encargo de todo. (La empuja hacia el foro.)

JULIA. Pero...

FLOR. Nada, vete y espérame allá dentro. (La acompaña al foro.)

JULIA. ¡Ay, Dios mío! Te aguardo en el comedor. No me muevo de allí hasta que vayas.

FLOR. Bueno; no perdamos el tiempo. (Vase Julia.)

ESCENA XII

FLORENCIA y después EDUARDO

FLOR. Ea; manos á la obra. Esto se hace en un momento. Voy á soltar á la fiera. (Se dirige á abrir la puerta y en este momento sale Eduardo vestido para salir. Florencia, sorprendida, se queda junto á la puerta.) (¡Ah! ¡Eduardo! ¡Qué oportuno es!)

EDUAR. ¿Qué es eso? ¿Ya no tienes ganas de almorzar?

FLOR. Sí. (Se acerca á Eduardo y le alarga la mano.) Adiós.

EDUAR. Pero... qué, ¿te marchas?

FLOR. Yo no; me despido de tí. Como te veo dispuesto á salir, te digo «adiós».

EDUAR. En efecto, tengo que ver á un amigo; pero vuelvo pronto. ¿Y Julia?

FLOR. Buena; gracias.

EDUAR. ¿Qué?

FLOR. No... digo que... está en su cuarto.

EDUAR. (Yendo hacia el cuarto de Julia.) Pues voy á...

FLOR. (Poniéndose delante.) ¿A dónde vas?

EDUAR. Deseo hablar con Julia antes de irme.

FLOR. Si no está aquí; se fué al comedor...

EDUAR. ¿En qué quedamos?

FLOR. Hijo de mi alma, en lo que yo digo...

EDUAR. Pero, ¿qué dices?

FLOR. Eso...

EDUAR. (¡Es particular! Á esta mujer le pasa algo que quiere ocultarme. ¿Habrá visto á Pepe?)

FLOR. Pero, ¿qué hacemos aquí como dos tontos?

EDUAR. Oye, Florencia... (Se oye ruido dentro.)

FLOR. (Asustada.) ¡Ay!

EDUAR. ¿Qué ruido es ese? (Se dirige á la puerta de la derecha.)

FLOR. (Interponiéndose.) No te precipites.

EDUAR. Señora; hace ya un rato que sospecho que aquí está ocurriendo algo extraño. Permítame usted...

FLOR No se puede pasar.

EDUAR. ¿Y por qué? ¿Quién está ahí?

FLOR. Pues bien, la verdad; ahí hay un hombre.

EDUAR. (¡Diantre! ¿Si será Pepe?)

FLOR. (¡En buen lío me metió mi primita!) (Con zalamería.) Vaya, Eduardo; ¿premetes no enfadarte conmigo?

EDUAR. Te lo prometo.

FLOR. Pues bien; ese que está ahí es un... (¡Jesús! ¿Y qué le digo yo á este hombre?)

EDUAR. Vamos, señora...

FLOR Es un... un novio que tengo. (¡Qué barbaridad!)

EDUAR. ¡Un novio!

FLOR. Es decir... un pretendiente.

EDUAR. (¡Caracoles! ¿Si no será Pepe?) Pero señora... ¿no es usted casada?

FLOR. ¡Ay! Es verdad.

EDUAR. Pues entonces...

FLOR. Es verdad que aún no sabes... (¡Válgame Dios!) La desgracia de lo... de...

EDUAR. ¿Qué desgracia? A ver; espliquese usted.

FLOR. (Nada, que tengo que matarlo preventivamente, ó paso por una cualquiera.) Pues, hijo, que mi pobre Pepe, después de aquella escapatoria que yo le perdoné, volvió á casa muy delicadito el pobre.

EDUAR. (¡Ya le puso enfermo!)

FLOR. Un día mal, otro peor... De aquí (La garganta) muy apretado, muy apretado... hasta que tuvo un ahogo tan fuerte, que...

EDUAR. (¡Lo ahorcó! *Requiescant in pace.*) ¿Está usted segura de que se murió?

FLOR. Primo de mi vida, ¿no me ves de luto? (¡Que en paz la corra!)

EDUAR. (¡Pero qué cinismo!) Se conoce que sintió usted mucho su muerte.

FLOR. No lo sabes bien. Estaba inconsolable.

EDUAR. Ya lo veo.

FLOR. (Seguiré ensartando bolas) Pues bien; desde que Pepe se murió, ese hombre es mi sombra. En la calle, en el paseo, en misa, en el teatro, en todas partes me lo encuentro. Me vengo á Madrid y él, erre que erre, toma el mismo tren que yo; me ve entrar aquí y se mete de rondón. ¡Háse visto persistencia igual! ¿Se figurará que á las mujeres se las caza como á las liebres... á la carrera?

EDUAR ¡Ya, ya!

FLOR. ¡Mira que me pone en unos compromisos!... Es un excéntrico, un inglesote de esos que no se paran en barras. Calcula el disgusto que habré tenido al verle aquí.

EDUAR. ¿Conque... un inglés?

FLOR. Y no mala figura. Un fenómeno.. Tipo andalúz. Yo le había concedido alguna esperanza porque... ya ves... una no es de estuco. Pero no le autoricé para tanto palabra de honor.

EDUAR. ¡Basta, basta ya, señora! No quiero calificar la conducta de usted. Evitemos explicaciones y hágame el favor de retirarse. Yo me encargo de ese hombre.

FLOR. ¡Tú!

EDUAR. Sí; yo.

FLOR. De ninguna manera. Yo no te dejo á solas con él. Puede ocurrir un choque...

EDUAR. ¡Déjeme usted en paz! Esto corre de mi cuenta.

FLOR. Prudencia, por Dios, Eduardito; y que nada sepa Julia. Tú le abres la puerta sin decir palabra...

EDUAR. Sé lo que debo hacer. (La empuja hacia el foro.)

FLOR. Bueno, bueno; no te incomodes. Hasta luégo. (Hace como que se va, y vuelve.) Oye, Eduardito, no le digas palabra y échalo. ¡Me ha dado en la naríz que el que está ahí, es un tuno de marca mayor! (Vase por el foro.)

ESCENA XIII

EDUARDO

No sé cómo he tenido paciencia para escucharla. Me ha caído el premio gordo con la venida de los primos de mi mujer. ¡Que Dios me tenga de su mano! (Abre la puerta.) ¡Caballero: salga usted!

ESCENA XIV

EDUARDO y PEPE

Mientras dure esta escena, que ha de llevarse muy viva, ambos se dirigirán algunas veces hacia la puerta del foro para cerciorarse de que pueden hablar sin ser sorprendidos.

PEPE. (Sale precipitadamente atropellando á Eduardo.) ¿Puedo ya escapar?

EDUAR. (Sorprendido.) ¡Cómo! ¿Tú aquí?

PEPE. Ya lo ves. Adiós. (Se va al foro.)

EDUAR. (Deteniéndole.) Espera: ¿estabas solo ahí dentro?

PEPE. Como un hongo.

EDUAR. ¿Y no has visto á Florencia?

PEPE. ¡Dios me libre! Vaya; adiós.

EDUAR. (Cogiéndole por un brazo.) Te digo que no te vas sin oirme. ¡Voto al chápiro! Figúrate que mañana te enteras de alguna locura de tu mujer, y me haces á mí responsable.

PEPE. Pues qué, ¿ha cometido alguna falta?

EDUAR. Camino lleva.

PEPE. ¡Una falta! Pero ¿de qué género?

EDUAR. Del género... común de dos.

PEPE. Eduardo, no uses conmigo bromas de ese género. (Se va hacia el foro y Eduardo le sigue.)

EDUAR. Nada temas; nadie nos oye (Cierra la puerta y se van los dos á un extremo de la escena.)

PEPE. Vamos; habla

EDUAR. Pues bien; te doy el pésame por tu fallecimiento.

PEPE. Vaya; tú estás malo de aquí (La sien.)

EDUAR. No te hagas ilusiones y cuéntate entre los muertos.

PEPE. Pero ¿á qué viene?...

EDUAR. Ella misma me lo ha dicho.

PEPE. ¡Ella te ha dicho que yo me he muerto! Pero ¿quién ha podido darle tan estupenda noticia?

EDUAR. Nadie. De que te has muerto está ella bien segura como testigo presencial.

PEPE. (Admirado.) Hombre; eso ya es muy gordo.

EDUAR. No; lo más gordo es un inglés muy excéntrico que, desde tu fallecimiento, la persigue sin descanso y trata de cazarla como á una liebre. Son sus frases.

PEPE. ¡Diantre! Pero dime, ¿ese inglés gordo...?

EDUAR. Yo no he dicho que fuera gordo.

PEPE. Bueno; pero ese hombre...

EDUAR. La ha venido siguiendo desde Sevilla, y hasta se ha atrevido á entrar en esta casa.

PEPE. (Alarmado.) ¡Eduardo!

EDUAR. Y hay más.

PEPE. ¡Dios mío! ¿Qué?

EDUAR. Que ella no es de estuco, y le ha dado alguna esperanza ..

PEPE. (Con forzada calma.) Eduardo, amigo mío, todo eso será una broma.

EDUAR. Te juro que así me lo ha dicho; y añadió que el tal inglés se había escondido en ese cuarto. (Puerta de la derecha.)

PEPE. (Muy irritado y acercándose á la puerta de la derecha.) ¡En este cuarto! No; aquí no había nadie. Pero si eso es verdad... ¡Caracoles! Si ese hombre...

EDUAR. Calma.

PEPE (*Más irritado.*) ¡Todo lo hubiera creído de ella menos eso! Voy ahora mismo á buscarla, y como me convenza de ese gatuperio... créeme, Eduardo, ¡hago una barbaridad! (*Quiere salir por la puerta del foro y Eduardo le detiene.*)

EDUAR. Hombre, por Dios, que no te dé tan fuerte. Calma.

PEPE. ¡Déjame! ¡Con un inglés! Yo que les tengo un odio...

EDUAR. ¡Caramba! Si no por mí, por Julia á lo menos, no armes aquí un escándalo.

PEPE. Ponte en mi lugar.

EDUAR. Hombre, ¿qué diria la sueca? Mira: lo mejor es que me dejes hablar antes con Florencia. Vete.

PEPE. ¿Y ese hombre? No; yo no salgo de aquí sin mi mujer.

EDUAR. Bueno; pero ahora, ¡con mil diablos! entra en mi despacho y tranquilízate. (*Le empuja hacia la puerta de la izquierda.*)

PEPE. Es decir, ¡que me voy á pasar lo mejor de mi vida de un encierro en otro!

EDUAR. Adentro. (*Entra Pepe, y Eduardo cierra la puerta.*)

ESCENA XV

EDUARDO

¡Cielos! ¡Qué día me ha amanecido hoy! No; y ahora lo eché yo más á perder con contarle á ese... Es milagroso que Julia no se haya enterado de estas trapisondas. Nada, nada; voy á poner las cosas en claro; convenir en un arreglo cualquiera, y que se vayan... ó que se los lleve el demonio. ¿Pero ese intruso, dónde estará metido? (*Al dirigirse al foro entra Florencia.*)

ESCENA XVI

FLORENCIA y EDUARDO

FLOR. ¿Soltaste ya el pájaro?

EDUAR. Sí, señora.

FLOR. ¿Y se marchó?

EDUAR. Sí, señora. (Se pasea preocupado.)

FLOR ¿Tranquilamente, por supuesto?

EDUAR. Sí, señora.

FLOR. ¿Y qué te ha parecido?

EDUAR. Sí, señora.

FLOR. Hijo: no salgas de ahí, que te vas á perder.

EDUAR. (¿Y cómo le digo yo ahora que el otro pájaro está ahí dentro hecho una fiera?)

FLOR. Pero niño, tú estás en *gilena*. Vamos á ver, primito, díme algo, porque estoy muertecita de curiosidad. ¿Qué hablásteis?

EDUAR. No le entendí bien. Es un inglés muy cerrado; así es que... tuve que decirle por señas que se fuera.

FLOR. Pero ¿de veras es inglés? (Admirada.)

EDUAR. Pues ¿no me lo dijo usted misma?

FLOR. Es cierto; sí, sí. (¡También es casualidad que haya resultado inglés ese hombre!)

EDUAR. (Nada, nada; aquí que echar por la calle de en medio.)

FLOR. Tú estás distraído, preocupado... ¿Qué te sucede?

EDUAR. Señora: siento en el alma tener que decirla que... necesita usted volverse á Sevilla.

FLOR. ¿Por qué?

EDUAR. Por... por muchas razones, que ruego á usted no me haga declarar; su permanencia en esta casa es imposible.

FLOR. (¡Uy! ¡Esta es otra complicación!) (Se deja caer sobre una silla llorando.) ¡Ay! ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy!

EDUAR. (¡Sólo esto me faltaba!)

FLOR. ¡Abandonada de todo el mundo!

EDUAR. Pero, Florencia, hija mía, suceden cosas en la vida que...

FLOR. Voy á escribir sin pérdida de tiempo una carta á Sevilla diciendo que hoy mismo tomo el tren. (Se dirige al cuarto de Eduardo.)

EDUAR. (La detiene.) ¡Eh! ¿A dónde va usted?

FLOR. A Sevilla. Déjeme usted; voy á escribir esa carta en su despacho. (Quiere entrar.)

EDUAR. (Delante de la puerta.) De ninguna manera. ¿Á qué viene esa precipitación?

FLOR. No, no; ya estoy decidida.

EDUAR. Vamos, que no.

FLOR. (Transición.) Oye: ¿es que tienes interés en que no entre en tu despacho?

EDUAR. (Con risa forzada.) ¡Qué tontería!

FLOR. Pues entonces...

EDUAR. No hay necesidad. Además, ¿no dices que te quieres ir hoy á Sevilla, lo cual me parece muy bien? Pues la carta llegará al mismo tiempo que tú.

FLOR. Á mí no me la pegas. Me estás plagiando, primo: pero yo filo muy largo. Ahí hay gato encerrado.

EDUAR. ¡Qué gato, ni qué gata!

FLOR. Gata, gata; como si lo viera. No; si los hombres sois capaces de todo. ¡Pobre Julia!

EDUAR. (Pero ¡cómo me divierte este matrimonio!)

FLOR. Vamos; confiese usted la verdad, hombre pérfido.

EDUAR. Señora; que se me va agotando la paciencia,

FLOR. Pues yo he de descubrir sus tapujos, sí señor.

EDUAR. (Impaciente.) ¡Florencia!...

FLOR. Quiero ver la alhaja que guarda usted ahí.

EDUAR. (¡No sé cómo me contengo!)

FLOR. Y si persiste usted en no dejarme entrar... me van á oir los sordos.

EDUAR. ¡Pero señora, por los clavos de Cristo!...

FLOR. (Sentimental) ¡Pobre Julia! ¡Pobre ángel de Dios, que vive en el limbo creyendo que el pécora de su marido es un santo varón!

EDUAR. No dé usted voces.

FLOR. Sí señor; las daré. Me basto y me sobro para mirar por la felicidad de mi prima... y llevármela conmigo si es preciso.

EDUAR. (Colérico.) ¡Señora: es usted peor que una pesadilla! Abra usted esa puerta. (¡Y que arda Troya!)

FLOR. Ahora voy á saber... (Florencia vacila un momento y luégo entra en el cuarto de Eduardo dejando la puerta abierta.)

ESCENA XVII

EDUARDO; después FLORENCIA y PEPE

No bien desaparece Florencia, se la oye disputar acaloradamente con Pepe. Grandes gritos, mucho ruído de muebles, etc. Eduardo, que iba á hacer mutis por el foro, se detiene para escuchar.

EDUAR. ¡Santa Bárbara bendita! ¡Se armó la gorda! (Se acerca con cautela á la puerta de la izquierda. Siguen las voces en crescendo.) ¡Ya escampa! Se acercan... Huyamos. (Vase por el foro y cierra la puerta.)

PEPE. (Saliendo con Florencia.) Sí; vengo del otro mundo á tomarte cuentas muy estrechas de tu conducta.

FLOR. ¡Hombre! ¡Bien! ¿Conque encima de la perrada que me has hecho aún me levantas el gallo? Ese es el sistema de todos los tramposos.

PEPE. ¡Cállate, cállate, y vámonos ya! Pero no; antes díme donde está ese hombre.

FLOR. ¿Qué hombre?

PEPE. ¡El gordo! ¡El inglés!

FLOR. ¡Ah! ¿De modo que Eduardo te ha dicho?...

PEPE. Sí; estoy enterado de todo, de todo absolutamente; conque no trates de disculparte.

FLOR. ¡Já, já, já! Pero ¡qué gracioso! ¡qué gracioso!

PEPE. ¡Y aún tiene el valor de reirse! Es para...

FLOR. (Tapándole la boca.) Calla, majadero, y no te sulfures tanto, que te pones horrible. Escucha. (Confidencialmente.) Eduardo te ha contado de pé á pá su propia historia. Todo lo que le dije fué por salvar á mi prima, por evitarla un disgusto.

PEPE. ¡Ahora quieres disculparte calumniando á Julia! ¿Y ese hombre? ¿Y el inglés?

FLOR. Es uno que la sigue desde hace tiempo, algún pillastrón de esos que andan siempre á salto de mata, y

que puso á la pobre Julia en compromiso muy serio. Ya sabes cuánto la quiero; y por el pronto no hallé mejor manera de arreglar las cosas que cargar yo con el muerto. ¿Te vas enterando?

PEPE. Florencia: mira que te conozco.

FLOR. Ea; pues en último caso, por mucho que quiera á mi prima, antes soy yo. Ven; y aunque sea delante de su marido, la obligaré á confesar la verdad. (Se dirige al foro y abre la puerta.)

PEPE. (¿Si será cierto?) Espera, mujer; no es cosa de que él sepa... ¿De modo que Eduardo?...

FLOR. Cree que soy yo la culpable.

PEPE. Pero... ¿y ese luto?

FLOR. Mis pobres tías... (Saca el pañuelo.)

PEPE. (Muy alegre.) ¡Cómo! ¿Se han muerto? ¡Qué felicidad!

FLOR. ¡Pepito! ¿Y lo dices tan alegre?

PEPE. Tienes razón. (Muy triste.) ¡Qué felicidad!

FLOR. Debieras recordarlas con respeto. Gracias á ellas somos ricos.

PEPE. No; si yo siempre las respeté mucho. Tus dos tías fueron para mí dos suegras terribles. ¡Qué ayunos aquéllos... hasta con abstinencia de vino! ¡Y qué amables eran aquellas santas mujeres!

FLOR. Cállate.

PEPE. Acuérdate cuando les dije que no hacía buenas digestiones sin una copita de vino, y la respuesta seca que me dieron.

FLOR. ¿Respuesta seca? Hijo mío, ¡si te dijeron que bebieras agua!

PEPE. Pues por temor al naufragio, me separé de mi Florencia... á quien quiero una atrocidad. (La coge la mano.)

FLOR. (Retirándola.) ¡Trapalón! Y ahora que me acuerdo, ¿cómo te encuentro aquí?

PEPE. (Turbado.) ¿Que cómo me encuentras aquí? De eso. . de eso precisamente iba á hablar. Quería reunirme contigo, ¿sabes? Y me dije: «Pues, nada; á Madrid.»

FLOR. ¡Pues me gusta!

PEPE. A mí también... y por eso me dije: «Le hablo á Eduardo de mi proyecto, y entre él y su mujer me la traen.» En esto que ¡paf! dá la casualidad que tu vienes.

FLOR. Conque ¡paf! ¡Buen trucha estás tú! Sabe Dios...

PEPE. Ea, nada de recriminaciones. Ahora ya no nos separaremos más, ¿eh? (La coge la mano.)

FLOR. Como vuelvas á andar de la ceca á la meca...

PEPE. ¡Qué sueca ni qué!... (La abraza.) ¡Querida mujercita!

FLOR. ¿Me prometes ser razonable?

PEPE. Un modelo. Otro abrazo.

FLOR. (Muy melosa.) ¡Pepito!...

PEPE. ¡Pero qué reteguapa estás!

FLOR. ¡Zalamero!

ESCENA XVIII

DICHOS y EDUARDO, que abre sin ruido la puerta del foro y se queda admirado al ver los mimos que se hacen Florencia y Pepe, que hablan por lo bajo sin verle.

EDUAR. (Desde el foro.) (¡Demonio! ¡Pues si están abrazándose! ¡Lo veo y no lo creo!) (Tose para llamarles la atención.) ¡Ejém!... (Nada... ¡como dos tórtolos!) (Vuelve á toser fuerte.) ¡Ejém!...

FLOR. ¡Ah! ¡Eduardo! (Se separa de Pepe.)

EDUAR. Por mí podeis continuar, y si estorbo...

PEPE. Hombre, no; ya ves...

EDUAR. Sí; ya veo...

FLOR. (Aparte á Pepe.) (Llévatele contigo á la calle. Quiero hablar á solas con Julia.)

EDUAR. ¿Qué diablos cuchichean?)

FLOR. Yo me voy con mi prima.) Adiós, buena pieza. (Le da con la mano en la mejilla.)

PEPE. (La imita.) Adiós, tontina.

FLOR. (Al pasar junto á Eduardo, que habrá permanecido cerca del foro.) Resucitó, primo. ¡Já, já, já! (Vase riendo.)

ESCENA XIX

PEPE y EDUARDO

EDUAR. (Después de una pausa durante la coal ambos se miran.) ¿Has oído?
PEPE. Sí.
EDUAR ¿Y tú... tan tranquilo?
PEPE. Completamente. ¿Te acuerdas de todo aquello que te dijo, que me había muerto, y...
EDUAR. (Interrumpiéndole.) Sí, sí.
PEPE. ¡Pues era mentira!
EDUAR. (Riendo.) ¡Bravísimo! Si ya me pareció á mí que no eras un cadáver auténtico. (Este pobre Pepe ha perdido el juicio.)
PEPE. ¡Búrlate cuanto quieras! El caso es que estoy loco de alegría.
EDUAR. Bueno; pero ¿y Florencia?...
PEPE. Con tu mujer. ¡Las dos se han muerto!
EDUAR. (¡Está de remate!) ¡Que se han muerto!
PEPE. Las tías, aquellas tías...
EDUAR. ¡Ah! ¡Vamos! (Se le ha subido la herencia á la cabeza.) Pero ven acá; ¿y el inglés?
PEPE. ¿Qué inglés?
EDUAR. Aquél que... iba de caza...
PEPE. Ya sé, el gordo. (Pues si tú supieras...) Te participo, querido Eduardo, que desde hoy no hay inglés que pueda conmigo.
EDUAR. Bueno; pero recordarás que ella misma me dijo...
PEPE. ¡Infundios suyos! Tú no la conoces. ¡Tiene una guasa...!
EDUAR. ¿De modo que ha resultado inocente?
PEPE. Como una paloma.
EDUAR. (Pero ¡qué lagarta es esa mujer! ¿Qué le habrá dicho para engatusarle de este modo?) (Estrechándole la mano.) Pues chico, mil felicidades. Más vale tomar las cosas... así, con filosofía.

PEPE. (Imitándole.) Hablas como un libro. Mucha, mucha filosofía. (Por si acaso me lo has dicho con retintín.)

EDUAR. (Dándole palmaditas en la espalda.) ¡Diantre de Pepe!

PEPE. (Idem.) ¡Diant.e de Eduardo!

EDUAR. (¡No he visto candidéz igual!)

PEPE. (Después de todo, yo sería un mal amigo y un mal primo si le ocultase la verdad. No, no; estas cosas son muy serias.) Eduardo... antes me probaste tu buena amistad poniéndome en guardia, ¿eh? Pues bien; voy á pagarte en la misma moneda. En esta casa se ha introducido un extraño, ¿no es así?

EDUAR. Que sin duda tomó las de Villadiego, pues le he buscado inútilmente.

PEPE. Ármate de valor, apóyate en mi brazo.

EDUAR. Déjate de bromas.

PEPE. Ese intruso vino por tu mujer.

EDUAR. ¡Por mi mujer! ¡Já, já! (Lo que la otra le dijo. Pero ¡cómo se ha tragado la píldora este infelíz!)

PEPE. Florencia, por salvar á su prima, fingió ese papel.

EDUAR. Pepe: eres un desdichado y te perdono la monstruosidad que acabas de decir de Julia; ¡ese ángel, incapáz de un mal pensamiento!

PEPE. Pues ese ángel es el del inglés. Mi mujer tendrá el genio alegre; pero en cuanto á virtud...

EDUAR. (Incomodado.) ¿Dudas de la de Julia, badulaque?

PEPE. Te hago un favor previniéndote.

EDUAR. Florencia es capáz de todo.

PEPE. (Colérico.) ¡Eduardo... no la insultes!

EDUAR. (Idem.) ¡Eres un necio!

PEPE. ¡Y tú un majadero!

EDUAR. ¡Agradece que estás en mi casa, que si no...! (Se enfurecen cada vez más.)

PEPE. No me asustas con bravatas. Nos veremos donde quieras. Yo he cumplido con mi deber, y no soy responsable de las distracciones de Julia.

EDUAR. (Coge una silla en ademán hostil.) ¡Pepe!... ¡Pepe!...

PEPE. (Idem.) ¡Eduardo!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, FLORENCIA y JULIA, por el foro.

FLOR. Pero ¿qué sucede?

JULIA. (Asustada, se echa en brazos de Eduardo.) ¡Dios mío!... ¡Eduardo!... Por Dios... Te juro que no he autorizado á ese hombre para penetrar hasta aquí. (Señala á Pepe.)

EDUAR. ¿Qué estás diciendo?

FLOR. (Con viveza á Julia.) Pero, oye, oye; ¿era este tu perseguidor?

JULIA. El mismo. (Eduardo y Pepe, que comprenden lo ocurrido, sueltan las sillas y se echan á reir.)

EDUAR. y PEPE. ¡Já, já!

FLOR. ¡Mi marido! ¡Bribonazo!

JULIA. ¿Ese es Pepe?

FLOR. (A Pepe.) ¡Ah, infame! ¿Conque el ingles eres tú?

PEPE. Yo... ¿qué he ser ingles? ¿Sabes de dónde somos este y yo? Pues de Babia. (Estrecha la mano á Eduardo.)

EDUAR. Y venimos directamente de las Batuecas. (Los dos se rien.)

PEPE. Hemos corrido tras de un fantástico seductor, y todo se han vuelto cábalas, recriminaciones y sospechas. Confieso que no quería ser visto de mi mujer. Tenía mis razones

JULIA. Estaba usted aturdido, como todo el que obra mal, y se escondió usted ahí. (Señala á la puerta de la derecha.)

FLOR. Pero, grandísimo pillo, ¿le hacías el amor á mi prima?

EDUAR. (Poniéndose por medio.) Ea; basta ya de discusiones. Todo se acabó. Y tú, (A Pepe.) acuérdate del adagio vulgar:

«Matrimonio bien avenido,
la mujer con el marido.»

Graba esto en tu memoria... y no te hagas el sueco.

FLOR. Verdad que sí. La paz en las familias es la mayor felicidad, y ya veis que puede turbarse por la menor sospecha ó desconfianza.

(Al público.)

Aquí entre nosotros,
y ya que mi primo
descubrió el enredo
y está tan tranquilo...
Sé de buena tinta
que hay uno escondido;
sé que el pobre tiene
el alma en un hi'o;
sé que ustedes saben
lo que sé... y no digo.
¡Que oiga una palmada,
yo te lo suplico! (Telón.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.